



El Cataclismo

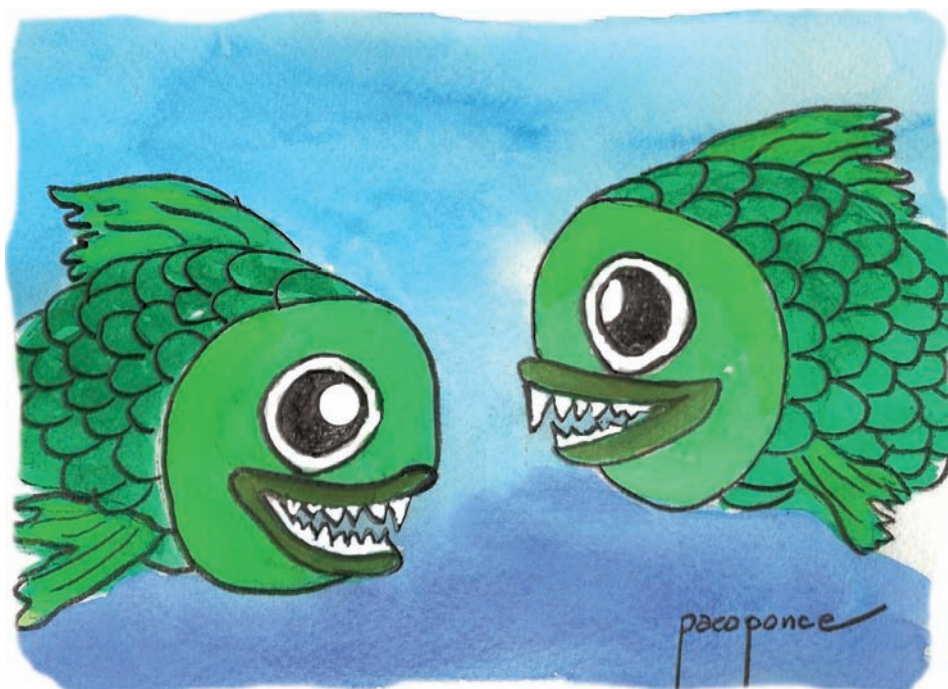
El Tomate Parlanchín

Preocupado Zepelin, persistía en rondar el orificio por donde se habían llevado a su amigo Pichín y lamentó que su corpulencia y tamaño, le hubiesen impedido introducirse por aquella estrecha oquedad en su busca, seguía creyendo que todo era obra de la traición del caballito de mar de color verde, en quien nunca confió. Había recorrido, varias veces, toda la gran muralla de rocas, en ambos sentidos, sin encontrar un resquicio por donde introducirse y cada vez temía más por su compañero, a quien intuía en grave peligro.

Al poco, fue notando una turbulencia en el agua que aumentaba por momentos de forma alarmante, como un cataclismo, que movía el fondo marino al tiempo que arrastraba con fuerza la fina arena del suelo provocando una cegadora turbidez, la situación se hizo alarmante, las rocas parecían desencajarse y todo se movía con gran estrépito.

Pichín, prisionero en aquella caverna sumido en la preocupación y el mutismo producto de los últimos acontecimientos, solo pensaba en la sentencia que había pronunciado el monarca del reino verde al que creía su amigo.

“Y al amanecer, te entregaremos a los peces verdes para que te



devoren, así lo ha decidido, el gran consejo”.

Ensimismado en sus pensamientos, comenzó a percibir un temblor en las paredes de rocas, y en lo más profundo de su prisión se abrió una brecha arrojando gruesas burbujas de aire, que escapaban y ascendían catapultadas al exterior a través de la boca de la caverna.

Una tras otra, las burbujas se sucedían aumentando sus proporciones, tuvo una idea, trataría de alcanzar una de ellas, introducirse dentro y aprovechar el impulso para

abandonar su cautiverio, al primer intento fracasó y fue rechazado contra el muro, no se desanimó y lo intentó de nuevo, esta vez con fortuna, consiguió colarse dentro de la pompa de aire y ascender de forma vertiginosa saliendo al exterior, en ese preciso instante la gruta que le mantenía prisionero se derrumbó. Él estaba fuera ¿pero donde?

Pudo ver a miles de peces y caballitos verdes, huir precipitados y despavoridos en busca de algunos recovecos que entre los peñascos parecían ofrecerles cobijo.

- ¡Pichín! ven sube sobre mi enroscada cola que te sacaré de este terremoto.-

La voz sonó a sus espaldas, cuando giró su rostro, vio ante sí al caballito verde, que mantenía la corona distintiva de su linaje, tuvo un momento de confusión y desconfianza, pero se fió de la fuerza de la amistad y siguió las instrucciones, montó sobre la cola y vertiginosos, recorrieron un trecho azotados por fuertes corrientes que les impedía, a menudo, mantener su trayectoria.

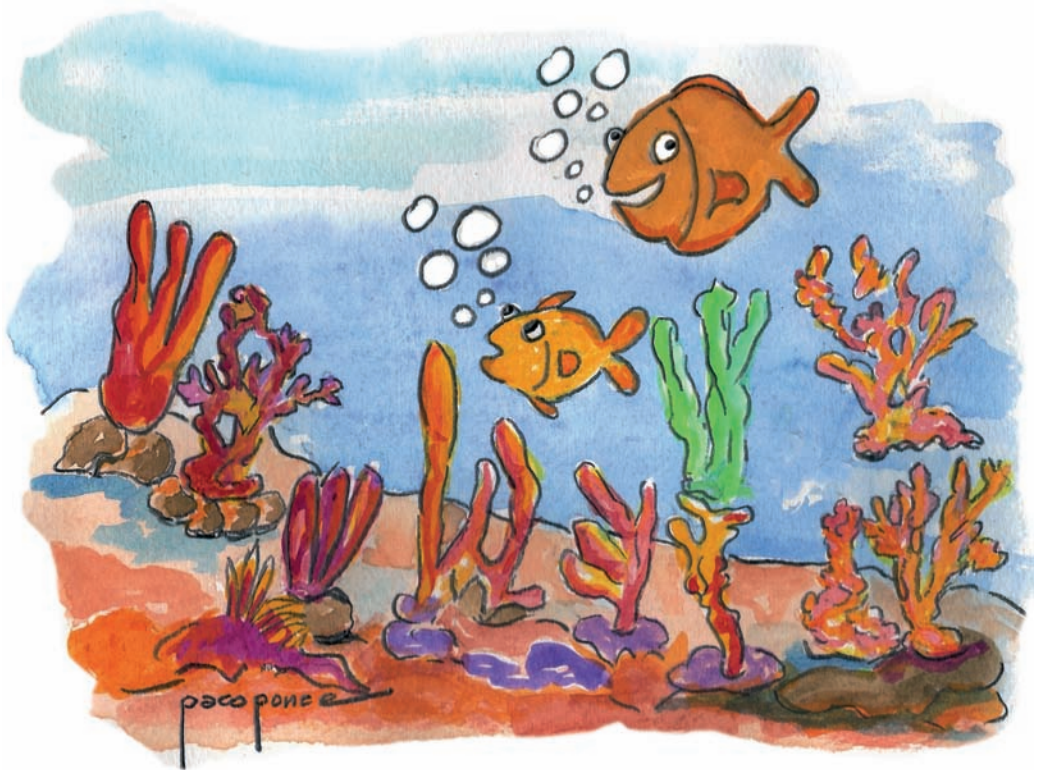
A Pichín le parecía que recorría un trayecto inverso al que le condujo a su calabozo, no tenía seguridad plena, por lo revuelto y turbio del agua, hasta que reconoció el orificio por donde los peces devoradores le habían desmontado del delfín y llevado con ellos.

- Sal, deprisa, abandona el reino verde, sigue el camino que te señalarán los corales y cuando encuentres la pradera hallaras una gran ostra y ella te conducirá hasta las Nereidas.- le dijo el caballito

- ¿Y tú? ¿No vienes?-

- No. Regreso con mi pueblo, es una larga historia, plagada de confabulaciones. Quiero que sepas que nunca quise traicionarte, las circunstancias me obligaron a traerte primero a mi pueblo y así poder recuperar la corona que me había sido arrebatada, pero no contaba con que el consejo me obligara a encerrarte y condenarte. Ahora que nuestro reino está a punto de sellarse, no se por cuanto tiempo, debo quedarme con mi gente, en estos difíciles momentos me necesitan.

Con sus últimas palabras regresó por el camino contrario, como una exhalación.



Pichín, una vez fuera se encontró con Zepelin, que atónito, pero feliz, lo hizo subir sobre su lomo recomendándole que se asiera con fuerza a su aleta superior, saliendo sin rumbo fijo y a toda la velocidad que el revuelto mar les permitía.

Tras de ellos las rocas cedieron a las fuertes corrientes y se derrumbaron cerrando por completo el acceso al reino de los peces verdes.

Estaban contentos y agradecidos al caballito de mar que en los momentos finales y difíciles, había mostrado honradez y salvado a Pichín de una muerte segura.

Siguiendo el rastro de los corales, que cada vez abundaban más, llegaron a la entrada de la gran pradera. Un mundo fabuloso se mostraba repleto de color ante ellos.

- Vamos, nada con fuerza, estamos en el buen camino.-

Las aguas quietas, tibias, transparentes, denotaban una paz y tranquilidad claramente apreciable, un innegable murmullo de lejanos cánticos y dulces melodías parecían atraerles por aquella majestuosa selva marina de fulgentes tonalidades. Todos los colores del arco iris estaban presentes, reunidos en exultante belleza, superior a lo que nunca pudieron imaginar.

Ahora si estaban seguros de haber encontrado lo que buscaban, solo les restaba hallar a la gran ostra, que les facilitaría la trayectoria definitiva y ¿quien sabe si su ansiado encuentro con las Nereidas? ■

